

# ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

## SUMARIO

	Páginas	
Encuentro con A. Tvardovski.....	3	Narciso Sánchez Morales.
Llamas de capuchina .....	11	José Canal.
Sevilla .....	12	Luis Carlos Gutiérrez Gómez.
Los penitentes .....	15	Edmundo Costillo Marín.
Los restos errantes de Hernán Cortés .....	18	Ángel Dotor.
Sonata de primavera... ..	25	Matilde Camús.
Isabel y Fernando, Reyes de Castilla .....	27	Carlos Callejo.
Extremeñismo a distancia .....	30	J. P. Vera Camacho.
Oración por mi padre en la tarde de su vida.....	32	Nicolás Sánchez Prieto.
Remembranza .....	35	Manola Pérez de Pérez de Villar
Dime tú, alondra .....	39	Miguel Serrano.
Poema .....	40	Moisés Cayetano Rosado.
Pensando en un frecuente adjetivo .....	41	Vicente González Ramos.
De la mar, la ola... ..	44	José Devesa.
Manuel Delgado Fernández .....	46	
Pasatiempos .....	48	Manuel Delgado Fernández.
Oración .....	49	Gabino Iglesias Flores.
Arte .....	51	J. A. Oliver Marcos y C. Callejo.
Romancillo de las cerecitas.....	55	Manuel Correas Pérez.
Crónica .....	57	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones .....	60	Valeriano Gutiérrez Macías, José Canal y C. Callejo.
Noticia de Revistas .....	65	

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres (Servicios culturales).

2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.

3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

# ALCANTARA

D. Legal CC - 26 - 1958

Año XXX

ENERO - FEBRERO - MARZO 1975

Núm. 178

## Encuentro con A. Tvardovski

Por Narciso SANCHEZ MORALES



A hace algunos años, regresaba el que que esto escribe de un periplo de conferencias por el área de las tierras del Danubio. En mi estancia en Viena, no lejos del Hotel Am Parkring, donde me hospedaba, tropecé con la Oficina de Turismo de Rusia. Una amable empleada de aquel «Bureau» turístico me facilitó toda clase de propaganda, entre otras la revista de Interturist «Puteshestvie SSSR», de la que soy suscriptor desde aquellas fechas y a la que debo mi afianzamiento en el conocimiento de la lengua rusa. Pero lo más providencial en estos mis primeros pasos hacia el ruso fue el coincidir, en mi viaje de regreso a España, con un diplomático soviético que me obsequió con el último número de «Novy Mir», la revista literaria que por aquel entonces dirigía el, no ha mucho tiempo, fallecido Alejandro Tvardovski, íntimo y mecenas, al menos en las letras, del luego tan perseguido premio Nóbel Alejandro Solzhenitsin. Mas este encuentro no fue el definitivo con el antiguo Director de «Novy Mir». Casualmente, ya en Zurich y en ese mismo viaje, pude adquirir en una librería de viejo unos números de la «Literaturnaia Gazeta», y entre éstos di con un artículo - ensayo de S. Marshak del 1-IV-1961, donde se ocupaba, concienzudamente, de la figura de Tvardovski. Años más tarde, cuando ya había obtenido mi diploma en lengua rusa y mis conocimientos eran lo suficientemente

amplios como para dedicarme a traducciones de trabajos, consagré un par de tardes a la versión del mencionado ensayo de S. Marshak. Por él pude comprender la destitución, como Director de «Novy Mir», de A. Tvardovski y la semejanza de ideales que le unía a su protegido, y también perseguido por el gobierno ruso, A. Solzhenitsin. Era tal el halo de naturalidad, casi beatitud horaciana y aún cristiana, que brotaba de las selecciones poéticas allí recogidas, que me decidí a pasar a máquina mi traducción y ofrecerla al lectorado español. Rusia como España, tiene mucho de común con ese amor a la naturaleza como madre, a esas aldeas y pueblos que imprimen el sello de lo original y auténtico en las creaciones del genio y del espíritu. No añado más. Vea el lector a continuación la confirmación de mi aserto, con la reposada lectura del artículo de referencia:

«ALEJANDRO TVARDOVSKI, de S. Marshak, en Literaturnia Gazeta del 1-4-1961. Tvardovski, desde su juventud, huyó de toda superficialidad literaria, esa charca donde gustan jugar y chapotear todos cuantos no han soñado con una navegación de altura. En uno de sus poemas escribe Tvardovski:

No se necesita mucho trabajo,  
 inteligencia y osadía,  
 para rimar hábilmente unas líneas  
 y pasarlas al papel.  
 Mientras se es joven, el problema es nimio.  
 ¡Juega! Mas Dios nos libre  
 de la nieve en los cabellos:  
 entonces inútil diversión tal oficio.

La naturaleza dotó ampliamente al poeta para la dura misión de escritor. Conoció y amó a la naturaleza, incluso desde sus tiernos años, su «infancia de pastor». No en vano encontramos en él evocaciones dedicadas a las estaciones del año.

Así, por ejemplo, refleja el vate los últimos días del otoño:

Ya los ríos entenebrecen,  
 vertical asciende el humo de la hoguera  
 desaparecen hongos y nueces.  
 Contemplas, de mañana, desde la puerta,  
 cómo el ganado se estabula. El campo es un desierto.  
 Con la blanca escarcha matinal, granulada,  
 y, helando y nevando a placer,  
 difícilmente se yergue la hoja de la berza.

Con sus experimentados y conocedores ojos, Tvardovski palpa el «cambio operado por el viento» en el bosque de la taiga, mientras el tren corre por el infinito sendero, perdiéndose en un paisaje mucho más acogedor, que le introduce en Jabarovsk:

... Montes de pinos—  
 Nada de bosques, nada de jardines.  
 Campos, campos abiertos—aunque impetuosas aguas  
 abriegen las praderas, hasta la catástrofe...

En Tvardovski el amor a la tierra es más viejo que él, ya que le viene de herencia. Las primeras impresiones de su niñez, las más hondas, están enraizadas en el terruño. La tierra, para el poeta, tiene vida propia:

Y, un día de fiebre estival,  
 el caballo repiquetea la brida.  
 Lejos, el pesado grajo emprende el vuelo  
 desde el primer surco abierto.  
 La gleba removida se amontona  
 en los linderos cubiertos de hierba.  
 Se desmigaja la tierra como trozo de tarta,  
 mas, cógela y cómela,  
 ¡es la tierra!  
 la nieve húmeda la mantiene tierna y fresca;  
 cuece por sí misma  
 y crece y palpita como masa fermentada.

Desde la niñez brotó en el poeta un otro amor, el amor a la palabra, a la narración, a la canción, al cuento... Así escribe:

No, la vida no se portó mal conmigo en el reparto,  
 no me postergó en sus bondades,  
 me fueron dados en abundancia,  
 en mi camino—, luz y calor.  
 Y cuentos de temblorosa memoria,  
 y canciones de la madre patria  
 y tradicionales fiestas con popes  
 y otras de hoy día, con música nueva.

El escritor, nacido en una aldea, también recibió como herencia un verbo limpio, claro, sonoro, pintoresco. No en vano, León Tolstoi sostuviera en su tiempo que era necesario enseñar la rica lengua rusa a los campesinos y a los hijos de éstos.

Pero siendo poseedor, desde su niñez, de este lenguaje vivo, preciso y exigente, que se irisa y refleja con variopintos matices a través de los sentidos, Tvardovski nunca abusó de lo culterano y barroco, ni hizo gala, fatuamente, de altisonantes y hueras palabras.

En la vida laboral la palabra es verbo, al mismo tiempo que acción, que trabajo. Quizás, por esto, precisamente nosotros encontremos en Tvardovski tan repetidamente el verbo «trabajar», en sus diferentes acepciones:

Irrumpiendo en la lejanía, «trabajaba» el tren...

(En «Lejanía tras la lejanía»)

la lluvia «trabajaba» magníficamente...

(En «Basilio Terkin»)

Y me enseñó él: marchando conmigo  
«trabajaba» con el hombre...

(En «Lejanía tras la lejanía»)

Es muy probable que el mismo poeta no cayera en la cuenta de esta su pasión por el verbo «trabajar», verbo que aparece, múltiplemente, en sus más variados significados. En el intenso, laborioso, animoso y bien realizado trabajo que Tvardovski observara en la canalización y cubierta del río siberiano, reconocía él aquella otra osadía y valentía que las epopeyas nacionales atribuían a un Vasco, a un Buslayeva y a Mikul Selianinovich.

Se sobreentiende que en nuestro poeta no hay alusión alguna al estilo de las antiguas epopeyas. El escribe con un lenguaje moderno, despojado de toda estilización. Describe con severa y concisa exactitud los trabajos que se realizan en angares y complejos industriales militares:

Y, precisamente, tanques PGK,  
de veinte toneladas, «minchanes» (de Minsk)  
que balancean su coraza como hombreras,  
desde la base de partida, la carga..., hacia el enemigo.

De la sensación como si la conversación no girara en torno a las máquinas, sino a los fornidos carros, cual pareja de caballos de tiro, preparados más para una lucha de puños que de metralla. No en balde el autor nombra los gigantescos autovolquetes de la fábrica de Minsk —vacíos de su masa de «minchenistas».

Ya en su tiempo el célebre poeta lírico, Sergio Esenin, escribiera con cierta ternura no exenta de tristeza, sobre el potro de roja melena

y aligeras patas, vencido, no obstante, en su carrera por el más veloz tren:

¡Lindo, lindo y gracioso, tonto de capirote!

¿A dónde, a dónde corres locamente?

¿Es posible que ignores que a los caballos de sangre  
venciera ha tiempo la caballería acorazada?

En Alejandro Tvardovski, hijo también de la aldea, pero de otra época, ni en los momentos de ánimo ni de desánimo, existe prevención



alguna contra los autoremolques, aviones, trenes, tractores, ni contra el martillo mecánico de la fragua uralense que entierra bajo su estrépito el «son huérfano» de todos los yunques campesinos. Tvardovski no combate la técnica, pero tampoco la diviniza. Entra ella, naturalmente, en sus versos, pero no abusa de ella ni reivindica un puesto de privilegio para la misma. Su ejemplo nos demuestra que a la existencia de la auténtica poesía no le amenaza, en nada, el desarrollo desmesurado de la técnica. Nuestro vate, que vive en pleno siglo del átomo, se recrea presentándonos campos abiertos, campesinos, aldeas silenciosas, con la misma sencillez y frescura con que se escribiera en épocas ya remotas,

cuando el ensordecedor y constante ruido de motores no martirizaba al humano oído. ¿En qué campesinos —fueran ellos o no natos campesinos—, encontramos versos tan bucólicos sobre la siega del heno, como los que nos ofrece nuestro Tvardovski?

Desde los tiempos de Koltsov y Nikitin se incluyeron en categoría especial a cuantos poetas surgieran del campesinado o que se ocuparon, preferentemente, de la aldea o de los mujiks. Sergio Esenin con servó especialmente algunas de las características del estilo campesino, que se manifestaban en su atuendo externo (hasta en su cilindro y guantes de cabritilla), y en la forma de la expresión:

¡Vamos, vosotros, dignidades! ¡Qué dignidades!  
Son congelador de temblores.  
Junto a mí, el padre—campesino;  
y bien , yo también un campesino.

Tvardovski, que también lo era, no rompió nunca los vínculos que le unían a la aldea; pero no se le incluye en la categoría especial de vates campesinos. Ciertamente nunca se peinó y maquilló al estilo de estos aldeanos, estilo que ya estaba pasado de moda. Pero es un gran poeta ruso, ora escriba sobre la ciudad, ora sobre el campo. Evoquemos cómo se expresa sobre el «espíritu animoso de la gente del «artel» (cooperativa de producción)», sobre aquella masa del pueblo «compleja..., más escogida», que trabajaba en los angares y fábricas.

Todo se ha mezclado—ni dar ni tomar;  
y osadía rusa, mundial, universal;  
y con ella el hábito fabril  
y la bien conformada figura del militar

Tal fusión o, en todo caso, tal aproximación a los rasgos característicos del campesino, del obrero de fábrica, del soldado—frecuentemente reunidos en una sola persona—, es la nota característica de la época. Esta nueva aleación es el denominador común de las serias y reflexivas estrofas de Tvardovski.

El mismo es un hombre que ha llegado a una gran cultura, pero no con las manos vacías, sino con una rica carga de experiencias y con aquella herencia de tradición popular, transmitida por el campesinado y manifiesta en las formas de vida, en los oficios varios, en las artes, y en las creaciones orales y escritas.

El poeta evoca estampas de la infancia:

No aquel orden y comodidad,

por los que, sin distinción de personas,  
no creyendo a nadie, las aguas se dejan beber,  
deteniéndose ante el umbral de la casa.  
Mas si, aquel orden y comodidad  
con que a cualquiera, con amor,  
se le sirve una copa  
y brinda ¡que aproveche!

Esta es lo mejor y más importante que Tvardovski heredera de su pasado campesino. También los recuerdos de los años mozos, cuajados de múltiples experiencias:

... de tormentas estivales, hongos y bayas;  
de veredas tupidas de hierbas, vencidas por la escarcha,  
de alegrías por la abundante cosecha y la hierba fresca,  
de lágrimas vertidas sobre el manoseado libro.

Pero obligado es anotar que la más honda huella, grabada en la memoria del poeta, es la de la fragua «a la sombra de tos humeantes abedules», una fragua que le acompaña toda la vida, desde su más tierna infancia:

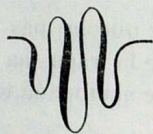
Y el reflejo del calor de la montaña  
bajo el ahumado techo;  
y el frescor del húmedo suelo,  
y el olor de alquitranados humos,  
habituales para mí desde aquellos tiempos, quizás,  
como allí, cuando iba a comer con el padre,  
la madre teniéndome en las palmas de las manos,  
apenas ella cumplidos sus veinte años.  
Y este son del yunque,  
y el chirrido de los fuelles, el chisporrotear del fuego,  
en aquellos días lejanos, elementales,  
no se apagan en mis oídos.  
No se borra el cuadro de la vida pobre,  
vergonzante, amarga y sorda,  
(cerrada como un callejón sin salida),  
Desaparecida seas, no dejes huellas,  
con el padre ya en su retiro.

(De «Lejanía tra la lejanía»)

Cuando leemos a Tvardovski da la sensación como si el mismo pue-

blo hablara por su boca, unas veces con su hermosura, galanura y alegría, otras fundiendo risas con lágrimas. Y es que, en esencia, el pueblo nunca—ni en la necesidad ni en la pobreza—, cayó en la desesperación, en el abatimiento. No perdió ese don precioso, el del, a la par, jocosos y altivo gracejo.

En los poemas de Alejandro Tvardovski encontramos nosotros modelos de aquella poesía que llegó a su grado sumo de perfección, pero que ha conservado toda la frescura y lozanía de los prístinos manantiales de la canción popular.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

**«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»**

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» - Cáceres

L  
L  
A  
M  
A  
S  
D  
E  
C  
A  
T  
I  
O  
N  
E  
S

El antecedente histórico del eso del contraste de pareceres fue la Torre de Babel.

\*\*\*

Los que toman a destajo el sol en la playa realizan un acto de solidaridad con la raza negra.

\*\*\*

No, no envidio a esos que suben de nivel de vida. Hay que ver lo bien que se vive en un principal.

\*\*\*

El color que se adquiere en el verano no es de buena calidad; destíñe muy pronto.

\*\*\*

Se ha puesto de moda eso de la verdad desnuda y, hala, todo el mundo a desnudarse.

\*\*\*

Un «camping» viene a ser algo así como un campo de caracoles.

\*\*\*

La mujer no se corta las uñas, se las camufla.

\*\*\*

Se me va arrugando la piel y, sin embargo, siento cada día más lleno el saco de mi vida.

\*\*\*

Una carta se recibe siempre con cierto alborozo; un telegrama, con algún sobresalto.

José CANAL